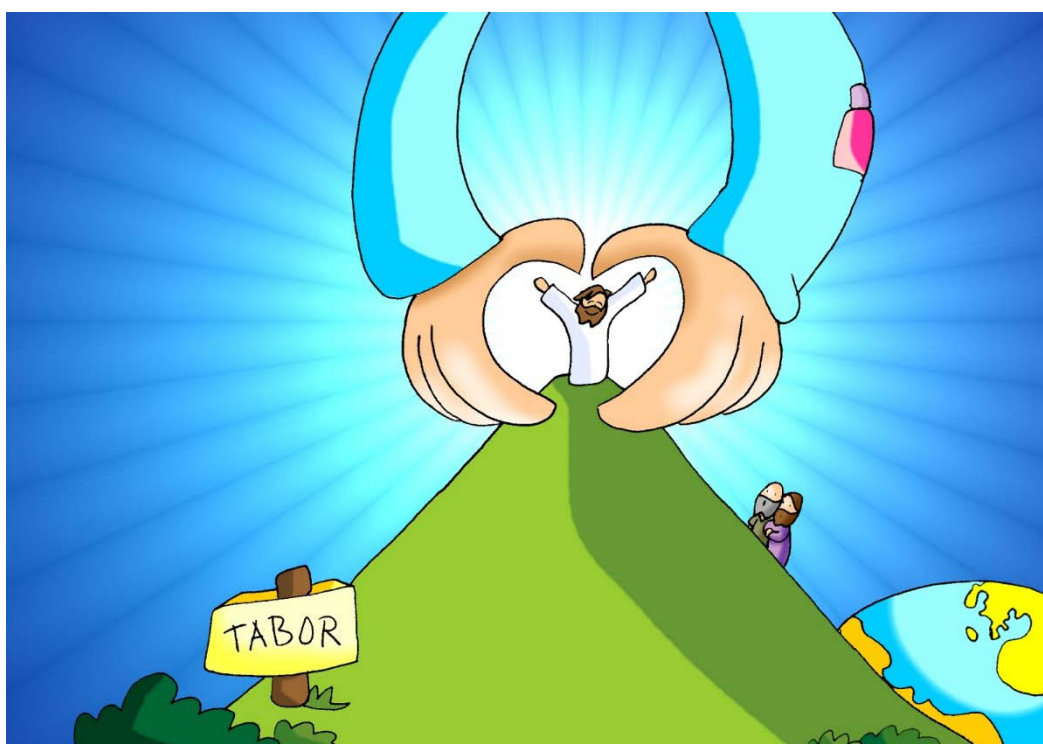




LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

En el camino del seguimiento, en el camino de cuaresma, este segundo domingo nos da una clave para seguir avanzando bien orientados. Nos recuerda que caminamos hacia la vida, no hacia la muerte, aunque esta sea un paso necesario.



Ante este evangelio podemos quedarnos en el ropaje del texto: “¡Qué pena, yo nunca he visto nada así!” o dejarnos sacar del camino rutinario, y abrimos a lo que está más allá. Podemos reconocer que a nosotros también **se nos ha dado el gen de la transfiguración**, que nos invita continuamente a dejar la imagen, las apariencias, para poner la mirada en lo alto, en lo esencial.

Se nos invita a estar atentos, atentas, a la presencia cercana y amorosa de Dios, como hijos e hijas amados, y experimentar el encuentro con Él que nos “transfigura”. Nos hace descubrirnos como hijos e hijas amadas y, desde ahí, todo en nuestra vida tiene otra hondura, otra luminosidad. ¡Animémonos a recorrer este camino!

2º Domingo de Cuaresma

Lucas 9, 28b-36

Vamos a recordar brevemente los versículos anteriores a los del evangelio de hoy, que dan sentido al texto de la transfiguración. Jesús les había anunciado que era preciso **tomar la propia cruz para seguirle**, que era posible perder la vida por el evangelio. Nos habían mostrado la perspectiva de la cruz.

Hoy el evangelio nos presenta una experiencia de Jesús que muestra la otra cara de la moneda: no sólo hay cruz, **también hay gloria, transfiguración**. Y para presentarlo el evangelista recurre a una serie de símbolos del Antiguo Testamento, algunos muy lejanos de nuestra mentalidad actual. Hay que traducirlos.

Para empezar, el texto nos muestra una **teofanía**, es decir, una manifestación de Dios, un encuentro, utilizando un esquema que se repite en otras teofanías bíblicas. En cada una de ellas el encuentro con Dios se realiza a través de **fenómenos de la naturaleza**, en un **marco grandioso**. Lo importante no es el marco, sino la experiencia de Dios que evoca.

No podemos ver la transfiguración como quien ve una foto, sino como una catequesis, para que el texto resuene en nuestra vida.

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos eran de una blancura resplandeciente.

El hecho de “subir a una montaña” ya nos sugiere una **experiencia de encuentro con Dios**. Creían que Yahvé estaba en lo alto del firmamento. Toda ascensión a lo alto de las montañas, especialmente al Sinaí, evoca oración, encuentro, diálogo con Dios y experiencia espiritual.

Subir a una montaña alta no era una excursión, sino que algo semejante a nuestras peregrinaciones; tenía connotaciones religiosas profundas.

Desde un monte muy alto Jesús había “visto los reinos del mundo” y había resistido a la tentación de postrarse ante el mal. Desde lo alto podemos tener una visión de dominadores, de acaparadores o una **visión contemplativa, “impregnada” de Dios**.

Con los vestidos blancos ocurre algo semejante. El resplandor blanco no era ausencia de manchas sino un **símbolo de la presencia de Dios**. San Mateo nos dice que así era el vestido del ángel que anuncia que Jesús ha resucitado (Mt 28,3)

Sólo Dios podía devolver la **blancura original**. Encontramos en el libro del Apocalipsis textos muy significativos que hacen referencia a la importancia del color blanco en los cabellos y las

vestiduras. Era también el color de las túnicas que se ponían en las primeras comunidades quienes **se bautizaban y empezaban una nueva vida.**

De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a tener lugar en Jerusalén.

Moisés y Elías no son dos personajes cogidos al azar, sino muy representativos.

Al monte Sinaí (de más de 2.000 metros de altura) se le denominaba “la montaña de Dios”. Allí Moisés tuvo una experiencia de encuentro con Dios. Conviene leer Éxodo 19, 16-19 para darnos cuenta de lo que suponía en tiempo de Jesús percibir la energía de Dios a través de los fenómenos de la naturaleza.

Para subir al monte y prepararse para el encuentro con Dios se requerían purificaciones, tanto corporales como de los vestidos: *“El Señor dijo a Moisés: Ve donde está el pueblo y haz que se santifiquen hoy y mañana; que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día, porque el tercer día descenderá el Señor a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí..., todo el que toque el monte morirá”* (Ex. 19, 10-13)

Sólo podían subir Moisés, su hermano Aarón, sus dos hijos y setenta ancianos de Israel, todos ellos tuvieron una experiencia de contemplación de la gloria de Dios. (Ex. 24, 9-11)

Moisés representaba la Torá, la antigua ley que empezaba a ser desplazada por Jesús y su mandamiento del amor. Había anunciado al pueblo: *“Yahvé, tu Dios, suscitará en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, al que vosotros escucharéis”* (Dtr. 18,15) La presencia de Moisés en esta teofanía nos indica que **Jesús es el profeta anunciado y suscitado por Dios**, al que hay que escuchar.

La tradición decía que el **profeta Elías** no había muerto, sino que había sido **arrebatado al cielo**; cuando volviera anunciaría al Mesías y el tiempo mesiánico. En esta teofanía Elías “ha vuelto” y esta presencia, en sí misma, se convierte en **anuncio del Mesías**, frente a la tentación del pueblo de esperar la llegada de un mesías que tuviera connotaciones políticas.

Elías, tras luchar contra el politeísmo subió al Sinaí y se encontró con Dios a través del viento, el fuego y el temblor de tierra (IRe 19, 7-15)

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía.

El sueño nos habla de que no prestan atención a lo que está pasando porque no lo comprenden. También en el huerto de los Olivos los apóstoles duermen. Jesús se refirió varias veces a la necesidad de estar atentos, vigilantes, para captar “la hora de Dios” y su voluntad.

¡Pobre Pedro!, unas veces aparece como un hombre soberbio y otras veces Jesús le pide que se aparte de él, y le llama “Satanás”. **Pedro vive a impulsos**, ya sea por lo que le dicta su miedo o, como en esta catequesis, por lo que le dicta su deseo profundo. Pedro quiere prolongar una experiencia en la que ha percibido que Jesús es alguien que merece la pena, alguien que da seguridad, con quien es bueno quedarse.

Siempre vamos a tener la **tentación de saborear experiencias religiosas y atraparlas**, en lugar de seguir caminado y creciendo, de la mano de quienes están a nuestro lado. Pero san Vicente de Paúl y otros santos y santas nos dicen que interrumpir la oración, o la Eucaristía, para atender a alguien que realmente lo necesita es “dejar a Dios por Dios”.

Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.» Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Era imprescindible situar una nube en la teofanía porque creían que **nadie podía ver a Dios y quedar vivo**. El texto nos habla de una **intensa presencia de Dios** en la que Jesús se experimentó hijo amado.

Pero después de la experiencia había que volver a la vida diaria, había que “**bajar de la montaña del encuentro**” y era necesario que siguiera el silencio porque aún no había llegado la hora de revelar quién era Jesús.

Y aquí encontramos la perla preciosa del evangelio: **¡somos hijos e hijas amados!, lo mismo que Jesús**. Cada uno de nosotros hemos tenido experiencias de encuentro con Dios, en soledad o en comunidad, en la naturaleza o en lo más hondo del ser.

Sabemos que no somos esclavos ni siervos... ¿pero nos experimentamos hijos e hijas?

El evangelio nos presenta esta **experiencia espiritual de Jesús como un alto en su vida, en medio de un camino difícil** en el que unas veces le aclamaron y otras pidieron su muerte a voces.

El evangelio nos dice que, en el desierto, en el bautismo, la transfiguración y el huerto de los olivos Jesús se experimentó hijo amado con total intensidad. Ahora, en este contexto, esas palabras permiten entrever que, aunque haya anunciado la pasión y haya causado escándalo al decir que tiene que travesar el sufrimiento, lo hará como Hijo Amado, y podrá caminar sereno hacia la victoria y la gloria.

Sin duda esta catequesis ayudaría mucho a las primeras comunidades a vivir el seguimiento, en medio de las dificultades de su época.



Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

Te invitamos a leer pausadamente el evangelio y a sentirte incluido en él. Como a Pedro, a Santiago o a Juan, Jesús nos saca del camino y nos toma consigo para hacernos testigos y participes de su encuentro con Dios, de este hecho central en su vida: experimentarse como hijo amado.

La importancia y grandiosidad de la cercanía de Dios, no está en “el ropaje” del decorado, sino en la hondura de la experiencia de Jesús, que se ve y se siente a si mismo profundamente amado como hijo. Él es el hijo amado del Padre, de su Abbá.

Es de esta experiencia, de lo que Pedro, Santiago y Juan son testigos y también nosotros. Es ahí, al descubrir a Jesús como hijo amado de Dios, cuando sienten la llamada a escucharle y la atracción irresistible a permanecer con El.

- ✓ ¿Dónde descubres tú la llamada a vivir desde lo esencial de tu vida?
- ✓ ¿Cuándo te has sentido hijo, hija, amada?
- ✓ ¿Qué cambia en ti esta experiencia?
- ✓ ¿Cómo educas a tus alumnos a cuidar lo esencial y descubrir a Dios en su vida?

Si te ayuda puedes terminar orando con la canción de Salomé Arricibita: bajar del Tabor

https://www.youtube.com/watch?v=aYUzaLVxa_c

2. En la clase


En este enlace encontrarás actividades para contar y trabajar el pasaje del Evangelio en clase con tus alumnos.

<https://docs.google.com/presentation/d/1et39quUQnLWXpM6xRTjFCzrRysbalh7tPg-OHFwQla4/edit?usp=sharing>

3. En la familia

- Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- Una vez aclarado y acogido el texto, os invitamos a plantearos como padres y madres, o como familias, vuestros encuentros con Dios.
 - Qué cuidamos en nuestra familia, ¿lo esencial o las apariencias? ¿De qué solemos hablar?

- ¿Qué enseñamos a cuidar a nuestros hijos? ¿Nos paramos a analizar con ellos sus sentimientos y opiniones o solo hablamos de los hechos visibles y la imagen que damos a los demás?
- ¿Tenemos en nuestra familia momentos de oración, de hablar de Dios y su Palabra?
- ¿Cómo cuidamos estos momentos?
- ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a prepararse para estos encuentros con Dios?

 Podemos terminar con una oración y, si nos ayuda escuchando esta canción de Salomé Arricibita: **Bajar del Tabor**

https://www.youtube.com/watch?v=aYUzaLVxa_c